

LOS INTELLECTUALES PÚBLICOS EN
AMÉRICA LATINA
La fluidez de un concepto

Ignacio M. Sánchez Prado
Washington University in Saint Louis

Vargas Llosa and Latin American Politics. Editado por Juan E. De Castro y Nicholas Birns. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010. Pp. xi + 235. \$89.00 tapa dura. ISBN: 9780230105294.

Gunshots at the Fiesta: Literature and Politics in Latin America. Por Maarten van Delden e Yvon Grenier. Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 2009. Pp. xiv + 294. \$45.00 tapa dura. ISBN: 9780826516336.

Intellectuals and Left Politics in Uruguay, 1958–2006. Por Stephen Gregory. Brighton, RU; Portland, OR: Sussex Academic Press, 2009. Pp. vii + 234. \$74.95 tapa dura. ISBN: 9781845192655.

Crafting Mexico: Intellectuals, Artisans, and the State after the Revolution. Por Rick A. López. Durham, NC: Duke University Press, 2010. Pp. x + 408. \$89.95 tapa dura. \$24.95 tapa blanda. ISBN: 9780822347033.

Rethinking Intellectuals in Latin America. Editado por Mabel Moraña y Bret Gustafson. Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert Publishing, 2010. Pp. 388. €24.00 tapa blanda. ISBN: 9788484894933.

La presencia recurrente del “intelectual público” en distintos cuadrantes de los estudios latinoamericanos habla de la persistencia de una forma de modernidad regional basada en los valores y prácticas de esa élite simbólica que Ángel Rama llamó “la ciudad letrada”.¹ A pesar de los múltiples diagnósticos del declive en la eficacia pública del intelectual letrado en un mundo mediático y virtual, lo cierto es que las figuras inscritas en el paradigma regional y los distintos paradigmas nacionales de la intelectualidad pública siguen estando en el centro de la conversación académica y de la vida pública en la región. Lo que parece estar cambiando, más bien, es la acepción misma del término *intelectual*, que parece estar saliendo gradual pero inexorablemente de sus definiciones tradicionales centradas en la letra y la producción de conocimiento para abarcar un abanico mucho más amplio de figuras y prácticas. Los libros que se discuten a continuación muestran la forma en que esta ampliación conceptual ha resultado en estudios críticos que, leídos en su conjunto, ponen de manifiesto una tensión importante entre dos problemas al centro mismo del estudio académico del intelectual público latinoamericano.

1. Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover, NH: Ediciones de Norte, 1984).

En su útil ensayo taxonómico "The Sociology of Intellectuals," Charles Kurzman y Lynn Owens clasifican las teorías en torno al intelectual en tres categorías: como una clase social en sí misma, como sujetos a una clase social más amplia o como figuras que representan ideales que trascienden su clase social.² En esta clasificación, las teorías del intelectual predominantes en el siglo XX comparten un problema heurístico importante: ser planteadas en función a un *ethos* intelectual defendido por el postulante. Incluso, algunas teorías más recientes, como la planteada por Edward Said en *Representations of the Intellectual*,³ se organizan en torno a un imperativo político o ético, como la idea de "hablar la verdad al poder." En cualquier caso, en la medida en que la práctica del intelectual ha proliferado hacia espacios e ideologías que nunca son del todo representados por los voluntarismos implícitos en las distintas tradiciones teóricas, la revisión de la bibliografía crítica sobre intelectuales en América Latina debe responder a un criterio teórico que no prejuzgue o predetermine al intelectual respecto a un deber ser político o una postura ideológica específica.

En esta dirección parece apuntar *Rethinking Intellectuals in Latin America*, que reúne un conjunto de autores definido por su variedad disciplinaria: antropólogos, historiadores, críticos literarios, etcétera. Por esta razón, el libro entiende la idea del intelectual de una manera amplia, y abarca en su análisis colectivo un número de prácticas mucho más diverso de lo que tradicionalmente se encuentra en los libros sobre el tema. Según plantea la introducción de Mabel Moraña, esto se debe en buena medida a la emergencia de "processes of popular intellectualization", que conectan a la intelectualidad a fenómenos como "the construction of leadership and general constituencies, . . . the legitimization of State policies, and . . . the elaboration of national-popular subjectivities" (19). Al definir al intelectual, no desde una posicionalidad específica de clase (como harían los paradigmas descritos por Kurzman y Owens), sino desde la articulación de liderazgos y subjetividades sociales, el volumen permite la comprensión amplia del intelectual público como función social y no como imperativo ético. En otras palabras, lo que constituiría el concepto de intelectual público sería su capacidad de jugar un rol en la mediación entre saber, poder y subjetividad, independientemente de la clase social o imperativo ético desde la que se opere.

En esto consiste la mayor contribución de este libro al debate, y, por ello, en el volumen coexisten bien artículos de amplia diversidad, que representan tanto modelos tradicionales del intelectual (como hacen Gonzalo Aguiar en torno a Manuel Gálvez, o Ana del Sarto en torno a Nelly Richard) como formas cambiantes del intelectual público desde los nuevos espacios mediáticos (como analiza George Yúdice en torno al activismo por Internet) o desde la decidida emergencia de nuevas comunidades epistémicas que exceden los límites impuestos por la ciudad letrada (como se puede observar en los artículos de Ixq'anil Judith Maxwell y Ajpub' Pablo García Ixmatá en torno a los intelectuales mayas). Como

2. Charles Kurzman y Lynn Owens, "The Sociology of Intellectuals," *Annual Review of Sociology* 28 (2002): 63-90.

3. Edward W. Said, *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures* (Nueva York: Pantheon Books, 1994).

expresa sagazmente Bret Gustafson en su epílogo, esta diversidad se sustenta en torno a dos fuerzas tensionadas: “a dynamic ‘pluralism’ confronting a politics of ‘containment’” (357) en el centro mismo de las políticas de conocimiento en el continente. Por esta razón, aunque no es exhaustivo, el libro es uno de los mapas más completos de estudio del intelectual latinoamericano. En él, se encuentran representados las formas de construcción de hegemonía que han caracterizado a los paradigmas de la intelectualidad mestiza y criolla latinoamericanas desde la fundación misma del continente hasta los debates intelectuales del hispanismo contemporáneo. El libro abre apropiadamente con un estupendo artículo de José Antonio Mazzotti sobre el Inca Garcilaso de la Vega y la intelectualidad letrada colonial, y el último artículo antes del epílogo es una reflexión en torno al hispanismo de nuestros días de parte de Abril Trigo. En el corazón del volumen se encuentran reflexiones sobre formas de la práctica intelectual que pluralizan e incluso socavan ese gesto hegemónico de contención, incluidos los textos sobre cultura maya mencionados anteriormente, la intelectualidad comunal y decolonial estudiada por Walter Mignolo y Catherine Walsh, y formas en las cuales el concepto de intelectual se problematiza en conexión con posiciones de raza (como hace William Acree en torno al intelectual afro-uruguayo Jacinto Ventura de Molina) o de clase (como hace John D. French con el laborismo brasileño). Finalmente, el libro se redondea con intervenciones que examinan desde distintas perspectivas el rol de la academia en estas cuestiones: la práctica antropológica en Brasil (Jan Hoffman French), los intelectuales cubanos en la coyuntura de la transición (Arturo Arango), la literatura ante la caída de su posición privilegiada como discurso de intelectualidad (Juan Pablo Dabove) y la lengua ante la creciente presencia del inglés en las ciencias sociales latinoamericanistas (Renato Ortiz). Al presentar lo hegemónico, lo contrahegemónico y la autorreflexión académica en un solo espacio de conversación, *Rethinking Intellectuals in Latin America* se convertirá sin duda en referencia fundamental para los futuros estudiosos del tema.

Otro fenómeno que ha suscitado el regreso a la reflexión en torno al intelectual ha sido el renacimiento de la izquierda latinoamericana y sus triunfos electorales a lo largo de la primera década del 2000. La cercanía entre intelectualidad pública e izquierda en muchos países latinoamericanos ha sido fortalecida a partir de la integración de intelectuales a varios espacios públicos relacionados con la “marea rosada”. En este contexto aparece *Intellectuals and Left Politics in Uruguay, 1958–2006*, de Stephen Gregory, que busca repensar la idea del Frente Amplio en dos tiempos: la alianza de intelectuales progresistas entre 1958 y el golpe militar de 1973, y el periodo democrático desde 1985 hasta 2006, en la estela de la victoria electoral de la izquierda en 2004. El libro de Gregory puede leerse como una genealogía intelectual de la coalición intelectual y política que gobierna Uruguay hoy en día y que, según el autor, debe entenderse como un largo proceso de reformulación de la identidad política de los uruguayos resultante de la gradual disolución de la hegemonía del Batllismo (1). Para narrar esta historia, Gregory enmarca su estudio en una tradición de estudiosos interesados tanto en las relaciones del Estado y la intelectualidad en el siglo XX latinoamericano (en parti-

cular Roderic Ai Camp y Nicola Miller⁴) como en la evolución del intelectual de izquierda desde el momento inmediatamente posterior a la Revolución Cubana hasta la caída del Muro de Berlín.⁵ El libro de Gregory tiene como mérito central el presentar una historia de gran relevancia tanto al estudio del intelectual público como a la comprensión del lugar de Uruguay en la historia intelectual y política de América Latina, ofreciéndola a lectores en inglés desde una cuidadosa investigación que dialoga con estudiosos uruguayos como Hugo Achugar, Gerardo Caetano, Fernando Butazzoni, Enrique Rubio y Abril Trigo. El libro ofrece un importante punto de partida en la construcción de una cartografía intelectual nacional que, debido a los avatares de la internacionalización y el exilio, tuvo un amplio impacto continental. Baste recordar nombres como Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Ángel Rama o el propio Achugar.

Dicho esto, el libro tiene algunas limitaciones y hace algunas elecciones problemáticas que no le permiten desarrollar de manera amplia algunos de los puntos de mayor interés del periodo cubierto. Quizá el problema mayor del recuento de Gregory radica en su presentación del proceso militar uruguayo como un interludio de doce años, en el cual la supresión militar de la clase intelectual y el exilio crean una interrupción absoluta del diálogo intelectual. En esta aseveración, Gregory sigue a autores uruguayos como Achugar y Gustavo de Armas,⁶ quienes han sustentado versiones algo menos radicales de esta idea para enfatizar la continuidad intelectual entre la izquierda previa a 1973 y la izquierda posterior a 1985. Sin embargo, hubiera sido quizá más sugerente navegar en contra de esta corriente y estudiar más a fondo la actividad intelectual en el contexto del autoritarismo. Algunos estudios anteriores indican que existe una historia más amplia, que hubiera enriquecido el estudio de Gregory. Por ejemplo, Mabel Moraña recrea en su libro *Memorias de la generación fantasma* un complejo proceso de negociación entre censura y lírica en el periodo del apagón cultural entre 1973 y 1979, así como las reapropiaciones culturales de liberales y miembros de la izquierda dentro del Uruguay alrededor del plebiscito de 1980, incluida la emergencia de semanarios como *Presencia*, con conexiones con el viejo Partido Socialista.⁷ El hecho de que el trabajo de Moraña aparezca en la bibliografía, pero no sea abordado sustancialmente en el análisis, indica una elección (quizá metodológica) de dejar fuera el periodo dictatorial para otorgar continuidad a su narrativa del Frente Amplio. Sin embargo, esto termina por dejar fuera tanto a figuras activas en Uruguay, como a la labor de muchos intelectuales exiliados que no alcanzaron a operar en el periodo posdictatorial pero que fueron fundamentales en la continuación de

4. Roderic Ai Camp, *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1985); Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America* (Londres: Verso, 1999).

5. Véase Jorge Castañeda, *La utopía desarmada: El futuro de la izquierda en América Latina* (Buenos Aires: Ariel, 1993).

6. Véase en particular Gustavo de Armas y Adolfo Garcé, *Uruguay y su conciencia crítica: Intelectuales y política en el siglo XX* (Montevideo: Trilce, 1997).

7. Mabel Moraña, *Memorias de la generación fantasma* (Montevideo: Monte Sexto, 1988), 17-72 y 85-106.

muchos de los paradigmas e ideas centrales a los argumentos de Gregory. Por ejemplo, el rol secundario que juega Ángel Rama en el libro parece resultar de esta elección.

Pese a estas limitaciones, Gregory ofrece una importante historia del rol de los llamados “intelectuales progresistas” en la reformulación de las ideologías hegemónicas en los contextos latinoamericanos. Más aún, como Gregory apunta en sus conclusiones, el proceso de profesionalización de la intelectualidad progresista en el contexto del neoliberalismo permitió a miembros del Frente Amplio identificados con la academia y la investigación profesional su incorporación al gobierno (158). En este sentido, una contribución fundamental del estudio de Gregory radica en la comprensión en que los intelectuales públicos de la izquierda han pasado de su rol en espacios clásicos de la ciudad letrada a formas más amplias de la práctica intelectual, que dan lugar en el espacio público a científicos sociales e historiadores por encima de los intelectuales literarios. Este tipo de transiciones obligan a repensar al intelectual público, no sólo desde la ampliación disciplinar y epistémica de sus rangos de acción, sino de los desplazamientos que van desde los paradigmas del siglo XX, centrados sobre todo en la letra, a los del XXI, que abarcan formas más amplias de saber y de poder.

Más allá de las aperturas teóricas y geográficas tratadas hasta aquí, es importante pensar que los fenómenos teóricos y sociales implícitos en la discusión del intelectual latinoamericano suelen suscitar regresos constantes a las escenas fundacionales del mundo intelectual contemporáneo. Éste es el caso del periodo pos-revolucionario mexicano, que continúa siendo punto de referencia fundamental en los estudios del intelectual público. En los años recientes, ha habido una ola renovada de trabajos en torno a la forma en la que el proceso posrevolucionario se constituyó en términos de la interacción entre intelectual, literatura, y Estado, en temas desde el campo literario hasta la construcción misma del sujeto soberano.⁸ El más notable de los libros recientes en torno al tema es *Crafting Mexico*, en el cuál el historiador Rick A. López traza la emergencia de la artesanía como proyecto de formación nacional en los años veinte. López divide su estudio en dos partes. La primera es una historia intelectual del concepto de indigeneidad (*Indianness*) desde el concurso de la India Bonita de 1921 hasta el establecimiento del Fondo Nacional para el Fomento a las Artesanías (FONART), que presenta como la conclusión de las instituciones fundadas en el periodo central del libro, los años veinte y treinta. La segunda es un estudio de caso de la comunidad artesanal de Olinalá, Guerrero, cuya tradición de artesanía laqueada ha sido presentada como representante de la “mexicanidad”, pero cuyos artesanos han tenido una relación paradójica y tirante con el Estado.

Más narrativo que interpretativo, *Crafting Mexico* muestra de manera detallada y sugerente varios momentos de los procesos materiales que contribuyeron a la

8. Véase Charles Hale, *Emilio Rabasa and the Survival of Porfirian Liberalism* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2008); Ignacio M. Sánchez Prado, *Naciones intelectuales: Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917–1959)* (West Lafayette, IN: Purdue University Press, 2009); Gareth Williams, *The Mexican Exception: Sovereignty, Police, and Democracy* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011); Joshua Lund, *The Mestizo State: Reading Race in Modern Mexico* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2012).

formación de una de las hegemonías culturales más sólidas en América Latina. En esto, provee una instancia de estudio a nivel material que complementa a una generación anterior de libros colectivos, también publicados por Duke University Press, que buscaron construir tanto una definición conceptual de la hegemonía en México, como una cartografía de las prácticas intelectuales del país.⁹ Así, López muestra la manera en que un conjunto amplio de intelectuales mexicanos (v.gr., pintores, músicos, antropólogos, escritores) se integraron de manera decisiva al Estado mexicano, construyendo una noción de intelectualidad pública y orgánica al proyecto revolucionario y fundada en la integración simbólica de los sectores visibilizados por la Revolución tanto al proyecto nacional como al imaginario de las clases medias urbanas. En el recuento del libro, la artesanía fue un lugar fundamental para conseguir esto, debido a que proveyó a la Revolución con una vasta y diversa cultura material que permitió a los intelectuales públicos elevar la indigeneidad rural a un estatus de aceptabilidad ideológica y cultural, representada por la habilidad de transformar objetos de las culturas tradicionales (como los cofres de Olinalá) en significantes y mercancías de gran valor estético tanto para las burguesías urbanas como para consumidores en el extranjero. Así, cuando llegamos al caso de Olinalá, López muestra de manera clara la gran tensión representada por el rol protagónico de los intelectuales en el proceso pos-revolucionario: un amplio éxito en la integración simbólica del campesinado y los indígenas al discurso nacional que, sin embargo, no se tradujo en la mejora de las condiciones de igualdad social y económica. Al contar la historia de la artesanía, López presenta la historia no sólo de una clase intelectual increíblemente exitosa en lo simbólico, sino también de los límites de la intelectualidad pública latinoamericana en el proyecto de combatir las desigualdades sociales y culturales.

Precisamente por el rol que el periodo posrevolucionario juega en la formación del intelectual público moderno en Latinoamérica, México sigue siendo una fuente importante de inspiración para estudios que buscan reafirmar conceptos más clásicos del intelectual público frente al reto lanzado a la noción tanto por los estudios culturales como por la expansión semántica del término hacia espacios no literarios. Resistiendo esta expansión, Maarten van Delden e Yvon Grenier presentan en *Gunshots at the Fiesta: Literature and Politics in Latin America* un esfuerzo a dos manos,¹⁰ que intenta restablecer una noción letrada del intelectual público latinoamericano a partir de un argumento cuyos puntos de origen son los respectivos libros de los autores sobre Carlos Fuentes y Octavio Paz.¹¹ Los autores comienzan el libro con dos capítulos que dejan en claro la agenda metodológica e

9. Los tres libros más notables en estos términos fueron Gilbert Joseph y Daniel Nugent, eds., *Everyday Forms of State Formation* (Durham, NC: Duke University Press, 1994); Gilbert Joseph, Anne Rubenstein y Eric Zolov, eds., *Fragments of a Global Age: The Politics of Culture in Mexico Since 1940* (Durham, NC: Duke University Press, 2001); Mary Kay Vaughan y Stephen Lewis, eds., *The Eagle and the Virgin: Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920–1940* (Durham, NC: Duke University Press, 2006).

10. Es importante especificar que los capítulos no están coescritos, sino que cada uno de ellos es de un solo autor. Para aclarar posturas, en mis referencias a los capítulos indicaré quién escribió la sección en cuestión.

11. Véase Yvon Grenier, *From Art to Politics: Octavio Paz and the Pursuit of Freedom* (Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 2001); Maarten van Delden, *Carlos Fuentes, Mexico and Modernity* (Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 1998).

intelectual en su trabajo. Por un lado, Grenier establece en el primer capítulo una definición de política en dos cuadrantes: la noción de libertad del escritor y la literatura frente a las estructuras del poder, y la habilidad de la literatura de adoptar y abogar por una perspectiva político-ideológica concreta. En estos términos, el volumen reproduce una noción del intelectual que reproduce tanto la visión del intelectual como conciencia crítica de la modernidad de Octavio Paz argüida por Grenier, como las nociones de cultura nacional y de política que Van Delden extrae de Fuentes. El segundo capítulo, escrito por Van Delden, es una polémica en contra de la noción de política implícita en ciertas prácticas de los estudios culturales latinoamericanos, particularmente enfocada en autores identificados con el testimonio (John Beverley), la deconstrucción (Alberto Moreiras), y la decolonización (Walter Dignolo). Para Van Delden, el enfoque de estas escuelas de la crítica acarrea como problema una comprensión estrecha de la relación entre literatura y política, en la medida en que su cuerpo conceptual está completamente atado a la reivindicación de ciertas posturas ideológicas (31–32). De esta manera, los autores presentan su libro como una forma de repensar la relación entre literatura y política objetivamente, donde lo político se ubica en el objeto de estudio y no en la postura a priori del crítico.

Sin tomar partido en este debate, se podría decir que el valor central de *Gunshots at the Fiesta* es el repensar los temas canónicos de la relación entre intelectual, literatura, y política en América Latina, tras la pérdida del rol privilegiado de la literatura suscitada por los estudios culturales. El libro revisita varios momentos y autores que fueron dejados de lado en las dos últimas décadas, pero que en su narrativa son fundamentales para entender la forma en que política y literatura se engarzan en la tradición liberal latinoamericana. Así, encontramos una sección dedicada a Octavio Paz y otra a Carlos Fuentes (en las que Van Delden y Grenier contribuyen capítulos) y estudios de José Martí, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Claribel Alegría, entre otros. Con esta nómina, creo que no se puede argumentar que el libro presente una visión particularmente original del intelectual latinoamericano. Se trata, más bien, de una reconstrucción detallada e inteligente de formas intelectuales privilegiadas en el liberalismo del siglo XX y la época del Boom, presentadas en un volumen que busca reivindicarlas tanto ideológicamente como metodológicamente en respuesta a paradigmas críticos fundados en su cuestionamiento.

Curiosamente, la concesión del Premio Nobel de Literatura 2010 a Mario Vargas Llosa parece reivindicar la centralidad de la tradición liberal de pensamiento defendida por Grenier y Van Delden, lo cual, a su vez, ha generado una revisión de la obra del escritor peruano, quien fue dejado casi de lado por la crítica académica por más de una década. En este contexto aparece *Vargas Llosa and Latin American Politics*, un volumen colectivo editado por Juan E. De Castro y Nicholas Birns. Este libro se enmarca en la publicación de otro volumen, escrito por el mismo De Castro, sobre la labor intelectual de Vargas Llosa,¹² así como de un *Cambridge*

12. Juan E. De Castro, *Mario Vargas Llosa: Public Intellectual in Neoliberal Latin America* (Tucson: University of Arizona Press, 2011).

Companion to Mario Vargas Llosa,¹³ convirtiéndolo en apenas el segundo escritor latinoamericano con un volumen en dicha serie. *Vargas Llosa and Latin American Politics* provee cuidadosas lecturas del escritor peruano a partir del “giro neoliberal” de su pensamiento. De esta manera, el libro abre con ensayos de De Castro, Fabiola Escárzaga, y Jean O’Byrne-Knight que confrontan las contradicciones de las posturas políticas de Vargas Llosa, quien es presentado como un defensor de un liberalismo que coquetea con la política de cierta derecha neoconservadora norteamericana, y como defensor de nociones de progreso y capitalismo inconsistente con las profundas divisiones sociales y económicas del Perú y de América Latina. Como plantean De Castro y Birns en la introducción, el interés en estudiar a Vargas Llosa como intelectual público del neoliberalismo se da no sólo en el hecho de su identificación como tal, sino en que partes de su postura (como la defensa de la autonomía del intelectual o su idea de la necesidad del intelectual de participar en el proceso político) heredan tradiciones que pertenecen más bien al progresismo liberal o directamente a la izquierda latinoamericana (8).

Después de esta presentación, el libro ofrece una serie de ensayos sobre novelas o libros específicos, empezando con *La guerra del fin del mundo* y llegando hasta *La fiesta del chivo*. Aunque todos tienen ideas importantes y el libro es en general bastante consistente, para los propósitos de la discusión del intelectual público hay unos textos que conviene destacar. Quizá el mejor es el inteligente ensayo de Sergio R. Franco sobre *El pez en el agua*, donde se discute de manera muy sutil el engarzamiento de factores biográficos, coyunturales e ideológicos en el giro neoliberal de Vargas Llosa y en su intento de buscar la presidencia del Perú. Para Franco, la evolución ideológica de Vargas Llosa no es sino un cambio de contenido de lo que sigue siendo una propuesta de “univocal teleological emancipation” basada en “the hegemony of a universal trait understood as such from a logical and rational perspective” (135). Quizá en esta aseveración podemos ver por qué Vargas Llosa sigue siendo un intelectual paradigmático: pese a la evolución del concepto de intelectual público en América Latina, las formas y contenidos de la práctica intelectual letrada no dejan de tener centralidad continental, ni siquiera en el contexto neoliberal. Este punto queda bien establecido con otros textos de importancia, como el excelente estudio de Ignacio López-Calvo sobre el anti-indigenismo del escritor peruano, o el sugerente estudio de Roland Forgues sobre el rol de los ideales de la cultura francesa en la utopía de Vargas Llosa.

En conclusión, el recorrido trazado por los cinco libros discutidos aquí parece apuntar a dos direcciones casi opuestas, que operan en tensión ideológica y heurística. Por un lado, el legado de los estudios culturales ha dejado abierta la necesidad de expandir la noción de intelectual público a una propuesta más fluida que entienda a los agentes cubiertos por ese concepto de maneras más amplias, incluyendo algunas figuras —como los comunicadores, los líderes indígenas, las nuevas clases políticas, etcétera— que no están ya en los ámbitos tradicionales de la cultura letrada y artística. Esto tiene proyecciones disciplinares (como se ve

13. Efraín Kristal y John King, eds., *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012).

en la importante contribución respecto al tema de los antropólogos en el libro de Moraña y Gustafson), temáticas (algo que se ve en las virtudes y limitaciones del estudio de Gregory) e históricas (un punto relevante para el libro de López). Por otro lado, en resistencia a este legado, sigue sin duda abierta la pregunta respecto a las formas en que el intelectual letrado del siglo XX sigue siendo la figura icónica de amplios sectores de la intelectualidad pública regional. El interés en Vargas Llosa o el esfuerzo de Van Delden y Grenier de reubicar la relación entre literatura y política en los intelectuales del Boom habla del hecho de que el escritor y el letrado no han simplemente claudicado ante la emergencia del neoliberalismo y los medios, sino que su labor se complejiza y, en estos argumentos, se vuelve aún más crucial para la preservación de las tradiciones democráticas latinoamericanas.